

PR 4572

.H 6

56

ES PROPIEDAD



CAPÍTULO I

DESDE EL OTRO LADO DE LA CALLE

DIEZ años de residencia llevaba yo en Turnbridge Well, que no abandoné una sola vez, cuando mi médico, persona de acreditado saber y el más diestro jugador de whist á diez puntos que he conocido en mi vida,—esto ocurría mucho antes de haberse inventado el whist á cinco puntos, el más noble de los juegos—me dijo cierta mañana, mientras me tomaba el pulso, estando yo sentada en el sofá que bordó mi pobre hermana Juana, antes de la época en que padeció una desviación de la columna vertebral, enfermedad cruel que la obligó á guardar cama quince meses.

—Voy á decirle, señora, lo que le conviene para su salud: es una nonada.

—¡Jesús de mi alma! ¡Misericordia divina! doctor Towers,—contesté á mi esculapio cuyas últimas palabras me habían hecho temblar—no me diga estos horrores, por favor, explíquese usted.

—Pues nada más sencillo. Debo decir, señora, que «nos» conviene cambiar de aire y de país.

—¡Looado sea Dios!—exclamé:—¿De quién se trata? ¿Se refiere á usted mismo ó á mí, al decir «nos conviene»?

—Pues, sencillamente, se trata de usted.

—¡Ya! pero vamos á ver ¿por qué no habla usted de una manera inteligible, como todo el mundo, como debe hacerlo un leal súbdito de nuestra graciosa reina Victoria y miembro de la santa iglesia de Inglaterra?

Towers se puso á reir, como es en él uso y costumbre, cuando me vé en uno de mis arrebatos de impaciencia,—á lo que yo llamo «mis bataholas» y prosiguió:

—Sí, señora; tono, tono es lo que usted necesita, se lo repito.

Y, hecha la receta, llamó y se la entregó á Trottle, quien asomóse á la puerta con un cubo de cobre lleno de carbón.

Vestía un frac negro, escrupulosa-

mente cepillado, como el resto de su vestido; cualquiera le hubiera juzgado un *gentleman* que por singular capricho se entretuviera en llenar de carbón el hogar de la chimenea.

Trottle,—á quien me complazco en apellidar mi brazo derecho—es un excelente criado; entró en mi casa hace ya la friolera de treinta y dos años, en tiempos en que yo moraba muy lejos de mi patria. Puedo afirmar que es la flor y nata de los criados, aunque adolezca del defecto de ser testarudo hasta la exageración.

—Sí, señora, lo que necesita usted, es tono, dijo á su vez, mientras atizaba la llama sin precipitarse, según su costumbre.

—¡Dios os bendiga!—repuse, sin poder contener la risa.—Bien veo que los dos conspiráis para convencerme, y váis á hacer de mí lo que os plazca. Sin duda uno de vuestros proyectos estriba en llevarme á Londres bajo el pretexto de cambiar de aires.

Hacia varias semanas, en efecto, que Towers me hablaba de Londres; así es que cuando me lo repitió en esta ocasión no me causó la menor sorpresa. Entre su consejo y mi decisión no mediaba más que un paso y este paso quedó muy pronto salvado.

Decidimos, pues, que Trottle saldría al

día siguiente camino de la capital del Reino Unido, para buscar un alojamiento confortable donde la débil cabeza de esta anciana pudiese verse al abrigo de los chismes de una gran ciudad.

Trottle volvió á Tunbridge-Well después de una ausencia de dos días. Había alquilado una casa por seis meses, reservándose la facultad de prorrogar el contrato si me conviniese; esto bastaba.

—¿De modo que el piso que ha alquilado usted, no ofrece ningún inconveniente?—le dije.

—No, señora, ninguno; es lo que le conviene. Le aseguro formalmente que el interior puede fácilmente arreglarse de una manera confortable. Debo añadir, que en lo referente al exterior de la casa, no podría asegurar lo mismo.

—Oiga, ¿qué quiere dar á entender?

—Muy sencillo; que enfrente del edificio escogido hay «una casa por alquilar».

—¡Señor! ¿qué inconveniente vé en eso? ¿Es eso un obstáculo para el *comfort* de mi casa?—repuse, preocupada á pesar mío por lo que Trottle me acababa de decir.

—Creo, señora, que debo declarar á usted que el aspecto de esa casa es

sumamente triste. A pesar de ello he prescindido en absoluto de tal impresión, de modo que, provisto de plenas facultades de obrar según mi criterio, y habiendo salido encantadísimo de la habitación que visité, he firmado el contrato de alquiler.

Trottle se mostraba tan satisfecho de su elección, que no quise hacerle más indicaciones sobre el asunto; tenía la absoluta confianza de que había obrado como mejor supo en mi propio interés. Por ello le dije, sin pensar en reprenderle:

—Quizás la casa deshabitada se alquile en breve.

—Ah, no lo creo, señora,—repuso moviendo la cabeza de un lado á otro con aire de seguridad,—la casa por alquilar no se alquilará nunca; á decir verdad, jamás se le acercan inquilinos, señora.

—¡Jesús! ¿y cómo es eso?

—Lo ignoro, señora. Nadie acierta á explicar esta anomalía. Pero me consta que la casa en cuestión está siempre desierta.

—¿Y de cuando acá dura ese estado de cosas? ¿No se lo han dicho tampoco? Responda usted, Trottle.

—Oh, desde tiempo inmemorial; hace años, muchos años.

—¿Se hallará en estado ruinoso?

—No señora; solo que el edificio está descantillado por las inclemencias de las estaciones.

Para poner fin á esta larga introducción, diré que al día siguiente ordené que enganchasen mi berlina, porque jamás me aventuro á viajar en ferrocarril; eso no significa que deba reprochar algo á las líneas férreas; sólo puedo objetarles que su invención se ha realizado en una época en que yo era de edad demasiado avanzada para poder adoptar este invento, y también el hecho de que su construcción ha hecho desaparecer ciertos derechos de peaje que formaban parte de mis rentas. Cuando estuve en Londres, fui yo misma, á pesar de los murmullos de Trottle, á ver la casa que había alquilado y á juzgar del aspecto exterior de la «casa por alquilar».

Llegué allá y en breves momentos pude formarme por mí misma una opinión.

La casa elegida era muy confortable y se hallaba en perfecto estado de conservación. Claro, era naturalísimo que así fuera, porque Trottle tiene la inteligencia más exquisita para discernir lo confortable. En cuanto á la casa desierta de enfrente, ofrecía en verdad un aspecto bastante desagra-

dable. Pero al fin y á la postre, estudiando ventajas é inconvenientes, parangonando la comodidad de mi alojamiento con el aspecto lúgubre de la casa en cuestión, esta objeción acabó por no pesar en la balanza.

Mi agente de negocios, M. Squares de Crown Office-Row, distrito del Templo, recibió la orden de legalizar el contrato de alquiler, pero su escribiente, encargado de ampliar la escritura en cuestión, la llenó de tantas palabras ininteligibles y de tantas frases torturadas, que cuando me leyó ese enigma, no acerté á entender más que mi nombre y aún con harta dificultad. Terminada la lectura, firmé; mi propietario hizo lo propio, y el asunto echó las últimas boqueadas.

Tres semanas después, estaba instalada en Londres, con mis muebles y todos mis objetos caseros.

Durante el primer mes me las compuse de suerte que pudiese dejar á Trottle en Tunbridge-Well; y había tomado esta decisión, no sólo porque al partir había dejado sin ordenar un sinnúmero de cosas destinadas á mis niños de la escuela y á mis pensionistas, más aún porque había decidido llevar á cabo una reparación en una estufa de nueva invención destinada á vencer la humedad de mi casa durante el tiempo de mi ausencia. Para obtener este resultado,

había dispuesto que la colocaran en el vestíbulo, y experimentaba serios temores de verla estallar el día de su estreno. Por otra parte, mi criado, aun siendo, según he dicho, modelo de criados para interiores dignos, y á pesar de su vejez, de llevar á costas sobrados años que oscilaban entre sesenta y setenta, era lo que se ha dado en llamar un... adorador del bello sexo.

Me explicaré.

Cada vez que alguna de mis relaciones venía á verme llevando consigo á alguna camarera, Trottle se mostraba admirablemente dispuesto á mostrar á la nueva Dulcinea las bellezas de Tunbridge-Well. En más de una ocasión, había distinguido confusamente, al otro lado de la puerta que está enfrente del sillón en que tengo la costumbre de sentarme, la sombra de su brazo enlazando la cintura de la camarera, adoptando la forma de esos cepillos que empleamos para limpiar de migas los manteles.

Había resuelto, pues, antes de dejar á Trottlet entera libertad para ejercer su «filantropía» en la gran ciudad de Londres, enterarme por mis propios ojos de la casta de muchachas que residían en el interior ó en la vecindad de mi casa.

Por consiguiente, apenas Trottlet me hubo instalado en mis penates y empecé

á gozar de la comodidad de mi recinto, no toleré más compañía que la de mi criada, la buena Peggy Robbins, muchacha de una fidelidad incomparable, la cual, desde que nos conocíamos, no había sentido la menor debilidad por la «filantropía», y no debía probablemente sucumbir después de veinte años de prestarle sus servicios.

Saboreé mi primer desayuno en mi nuevo domicilio el cinco de noviembre. Al través de los velos de una niebla tupida y penetrante podían divisarse los maniqués de los Guidos ¹ yendo de una parte á otra llevados por el mocerío de la ciudad; hubiérase dicho que transitaba por las calles una procesión de monstruos gigantescos abriéndose paso en un mar de *pale ale*. A uno de estos Guidos lo abandonaron sobre los peldaños de la «casa por alquilar».

Me calcé los anteojos porque en primer lugar deseaba cerciorarme por mí misma, de si los niños á quienes pertenecía el maniqué se mostrarían satisfechos de los refrescos que Peggy había

1) La fiesta del cinco de noviembre fué instituida para celebrar el descubrimiento de la célebre Conspiración de la Pólvora, tramada por Guido Fawkes, quien deseaba hacer saltar el Parlamento. Varios individuos recorren las calles de Londres llevando maniqués que representan á los conspiradores, y después los queman en la plaza pública.—N. del T.

ido á ofrecerles de mi parte, siguiendo la costumbre, y en segundo lugar para saber si mi camarera se acercaba demasiado á aquel muñeco ridículo, henchido, según costumbre, de cohetes y petardos que podían estallar de un momento á otro.

He aquí por qué motivo la primera vez que, estando ya en mi casa, contemplaron mis ojos la «casa por alquilar» y la examinaron detenidamente, llevaba mis antiparras.

A decir verdad, es esta una «manera de mirar» que uso raramente, apenas una vez entre cincuenta, pues conservo la vista muy clara, con llevar á cuestras tantos años, y me sirvo lo menos posible de anteojos por miedo á que la vista se me debilite.

Yo ya sabía, desde mi primera inspección, que aquella era una casa muy vasta, muy sucia y muy deteriorada; que los balcones y las gradas del portal estaban enteramente cubiertas de moho y saltaban á pedazos; y aun añadiré que faltaban muchos hierros de las rejas y parte de los adornos. Había observado que buen número de cristales estaban rotos y que en los todavía enteros se advertían manchas de barro, señal infalible de que los niños callejeros se habían entretenido en más de una ocasión en hacerles víctima de

su pasatiempo sucio y destructor; y había visto también el pequeño patio del edificio lleno de piedras, lanzadas por todos los muchachos vagabundos del barrio para su diversión y sin intención de causar daño.

Había ya dejado que vagaran mis ojos sobre el encasillado trazado con yeso sobre la acera de la «casa por alquilar» y por las caras monstruosas dibujadas con lápiz en la puerta de la calle. También me había dado cuenta del aspecto exterior de las ventanas de aquel edificio, todas con los postigos herméticamente cerrados ó con viejas cortinas corridas escrupulosamente; así como de los cartelones en que se trazaron las palabras cabalísticas: «casa por alquilar,» retorcidos de tal manera que parecían sufrir violentos calambres por la mucha humedad que el interior despedía; otros había además, completamente borrados é ilegibles.

Todo eso había podido observar de una sola ojeada, cuando llegué á Londres la primera vez; y aún hice notar á Trottle que la parte del cartelón en que se hallaban las condiciones del alquiler, estaba hendida y agujereada, y ello imposibilitaba formarse cargo de toda explicación; le había además llamado la atención sobre la piedra del umbral dividida en dos pedázos.

Y á pesar de todo, no dejaba de estar sentada con sumo sosiego ante la mesa que cubrían los manjares de mi desayuno, el día memorable del 5 de noviembre, montados los anteojos en mi nariz. Y miraba curiosamente aquella casa fantástica, como si no la hubiese descubierto hasta aquel propio día.

Súbitamente, en una ventana de la derecha, en el primer piso, en un obscuro rincón, y á través de un orificio practicado en una persiana ó en un postigo, me sentí mirada por un ojo secreto. Pudo ser que el resplandor de mi chimenea se reflejase en *su* pupila y la hubiese hecho brillar; mas era indudable que había lanzado un rayo luminoso y había desaparecido instantáneamente.

El ojo misterioso ¿se había ó no fijado en mí, mientras yo estaba sentada entre *él* y la claridad que despedía mi chimenea?

Piensa de ello lo que te plazca, lector amigo, sin miedo á mortificarme en lo más mínimo; pero ten por cierto que me sentí herida en lo más profundo de mi corazón, como si aquel ojo estuviera dotado de un poder magnético dirigido contra mí exclusivamente.

Este incidente produjo tal efecto en mi imaginación, que me fué imposible continuar sola en mi estancia. Llamé

precipitadamente á Peggy y pretexté una ocupación cualquiera para retenerla á mi lado. Mi criada quitó los manteles de la mesa y yo permanecí sentada en el mismo sitio, siempre con los anteojos calados, moviendo la cabeza de un lado á otro, intentando reproducir de alguna suerte,—ora fijándome en la llama, ora fijándome en los cristales,—algún reflejo que pareciera una mirada de ojo viviente.

Salieron vanos todos mis esfuerzos. Pasaron, es, cierto, por delante de mis ojos, ciertas líneas curvas ó quebradas, y otros raros objetos de óptica; llegué á confundir, por un capricho de mi fantasía, una ventana con otra; pero el ojo misterioso no me volvió á mirar; y, con todo, mantengo la convicción de que había visto aquella insólita mirada.

Por más esfuerzos que intenté para alejar de mi pensamiento la impresión causada en mi ánimo por aquel ojo, no pude libertarme de su recuerdo, de modo que me sobrevino una continua congoja, y no logré amortiguar mi primera impresión. Hasta entonces no me había interesado aquella «casa por alquilar», que se levantaba enfrente de la mía; pero luego de haber descubierto aquel ojo, tal vecindad hubo de causarme una viva preocupación. Solo

pensaba en aquella casa; la vigilaba, hablaba de ella en todas ocasiones, la veía con ansia persistente, aun cuando no la mirara.

En el actual momento comprendo que andaba en todo eso la mano de la Providencia, y ahora, lector amigo, vas á verlo con tus propios ojos en la narración que sigue.

Mi propietario era un tonelero que se había casado con una cocinera, pasando á ser señor del inmueble. Hacía ya dos años que vivían en la casa; no obstante sabían tanto como yo respecto á la «casa por alquilar»; nada en claro pude sacar tampoco de la gente del vecindario, y de las tiendas en que me aprovisionaba. Ya Trotte sabía lo que ellos, y acaso más. La casa desierta se hallaba en tal estado de abandono hacía cosa de seis años, según unos, ó desde ocho ó diez, según otros. Lo que estaba fuera de duda, según me aseguraban cuantos me hablaron, era que la casa no estaba alquilada y que no se alquilaría nunca.

No tardé mucho tiempo en convencerme de que iban á sobrevenirme mis «bataholas», por obra y gracia de aquella maldita casa; y mis temores, en efecto, se confirmaron. Durante un mes sufrí espasmos nerviosos que andaban

de mal en peor. Las prescripciones del Doctor Towers, cuyas recetas había traído conmigo á Londres, no me proporcionaban ningún alivio. Lo mismo importaba que el sol brillara en claro día de invierno como que la niebla ensombreciera el cielo ó la lluvia cayese negra como el hollín; yo no perdía jamás de vista la «casa por alquilar». Cierto que había oído hablar, como todo el mundo, de casas obsesionadas por los espíritus, pero cuando menos he sabido por mí misma lo que es un espíritu obsesionado por una casa. Y, en efecto, la casa de enfrente había tomado posesión de mi alma y absorbía todos mis momentos.

En todo el mes siguiente, jamás ví entrar ó salir á persona viviente de la «casa por alquilar». Me puse en acecho para saber si alguien se deslizaba clandestinamente á su interior, protegido por la obscuridad de la noche ó del crepúsculo; jamás ví á nadie. Tampoco me causó alivio alguno ordenar que corrieran herméticamente las cortinas apenas anochecía y cuidar por mí misma de que se cerrasen con llave todas las puertas. El ojo misterioso brillaba entonces entre las llamas del hogar.

Soy ya anciana—digámoslo de una vez, sin consentir que me amedrenten las consecuencias que puede moti-

var mi confesión — una solterona, más vieja todavía de lo que tal calificativo puede dar á entender. En mis buenos tiempos, amé como todo el mundo, pero hace ya de ello muchos, muchísimos años. Aquel á quien yo amaba pereció en el mar (Dios le tenga en gloria), cuando yo contaba veinticinco años.

Desde los primeros tiempos de mi vida de que la memoria me da testimonio, siempre he sentido viva predilección y ternura por los niños; ese afecto es en mí tan intenso que me he creído culpable de algún pecado por el cual Dios me castigaba á la terrible desgracia de no poder jamás enorgullecerme de ser madre de muchos niños robustos y hermosos, que en este momento de mi vida me hubieran á su vez hecho abuela.

A decir verdad, gracias á la serenidad y alegría interior que Dios me ha concedido en su misericordia, he llegado á sentirme consolada; debo dar por ello gracias al cielo. Y, sin embargo, aún á mi edad, no puedo reprimir las lágrimas cuando pienso en el noble, arrogante y excelente Carlos y en la felicidad que hubiésemos alcanzado, de realizar nuestra aspiración de vivir juntos.

Carlos era mi hermano menor; se marchó á las Indias. Allí se casó, y un día me escribió encomendando á mis

cuidados á su mujer que venía á dar á luz en Europa. La encantadora mujer de mi hermano había de volver á su lado cuando estuviese repuesta, dejándome el niño, para que yo cuidara de su educación. La pobre criatura no vino al mundo con vida. Este fué uno de los más tristes acontecimientos de mi existencia, que hubiera podido ser desde entonces plenamente dichosa; pero el destino no me escogió para contarme entre sus privilegiados.

Cuando la criaturita llegó á mis manos, apenas si tuve tiempo de susurrar al oído de su madre estas horribles palabras:

—Ya no alienta, querida.

Ella repuso: «Polvo eres y en polvo te has de convertir».

—¡Ah! pon el niño en mis brazos y acuérdate de consolar á Charley!—Y en el mismo instante expiró y entregó su alma á Dios, como ganosa de ofrecerle por sí misma la de su pobre hijo.

Fuí á reunirme con mi hermano y le dije que no le quedaba en la tierra más amor que el mío. Y viví con Carlos muchos años en las Indias.

Cuando Carlos murió, pasaba de los cincuenta años; expiró en mis brazos. Su faz radiante había experimentado tales mudanzas, hacía mucho tiempo, que se le había vuelto pálida y delgada

como la de un cadáver; pero apenas hubo expirado y entregado el alma á Dios, sus facciones recobraron su antigua serenidad. A medida que yo oraba, deshecha en llanto, transfiguróse totalmente su rostro, y cuando le contemplé en su mortaja por última vez, reconocí en él á mi Carlos de otro tiempo, al muchacho querido, alegre, hermoso y elegante de épocas pasadas.

Iba á contarte, lector amigo, que la soledad de la «casa por alquilar» había reanimado cierto día al atardecer todos estos pensamientos en mi memoria y vuelto á abrir en mi corazón la herida ya cicatrizada, cuando he aquí que Fobbins, abriendo la puerta, me dijo, como sintiendo comezón de risa, y volviéndose al instante en señal de respeto:

—Mr. Jabez-Jarber, señora.

Y sin más preámbulos entró M. Jarber, dando saltitos de una manera ridícula.

Al verme, exclamó:

—¡Sofonisba!

Es ya preciso confesar que tal era mi nombre de pila; ese nombre me sentaba á las mil maravillas en la época en que me bautizaron, pero á mis años, resulta de sabor un tantico rancio, por no decir ampuloso y extravagante, sobre todo cuando lo pronuncian los labios de Mr. Jarber.

Claro está que repliqué un tanto mortificada:

—Bien; me llamo Sofonisba; me consta; pero es inútil que lo vayáis pregonando á voz en grito. ¡U!

Por toda excusa, el odioso personaje se llevó á la boca la extremidad de los cinco dedos de mi mano derecha, repitiendo de una manera agravante mi pobre nombre, subrayando con la voz su tercera sílaba:

—¡Sofonisba!

Yo no tengo lámpara en casa, porque me repugna el aceite, y además, porque en mi tiempo se inventaron las velas de cera. Confío, pues, que será fácil comprender como pudo ocurrir esta insolencia, puesto que teniendo la bujía en su candelero á mi espalda, de manera que mi sombra invadía la estancia, no pude advertir lo Jarber iba á hacer y solo me cupo amenazarle con un pisotón si intentaba repetir la misma escena.

Añadiré, de paso, que me constaba positivamente, al amenazarle de esta suerte, que lo más sensible de toda su extravagante persona, eran los dedos de los piés. Realmente, á la edad de Jarber, y á la mía, es esta una parte del cuerpo sumamente delicada. Recuerdo todavía cierto baile de sociedad cuya música hace largo tiempo se ha

desvanecido en Turnbridge Well, en el cual, ante numerosa y selecta concurrencia, me había atrevido á danzar un minué con el señor Jarber... No importa; hay en el mismo país una casa, todavía en pie, en la cual yo llevé el babero en mi niñez. Fué allí precisamente donde me arranqué un diente mediante un bramante sólidamente atado al pomo de una puerta, y, eso sí, gracias á una violenta sacudida. Pero en el actual momento de mi vida ¿tendría que servirme de una puerta para sustituir al dentista? ¿me convendría acaso usar babero?

Sin ir más lejos diré que el señor Jarber siempre ha sido más ó menos extravagante en sus maneras. Tenía cierta elegancia en el vestir, é iba siempre perfumado, como un ramo de rosas y verbenas. No faltaron muchachas que hubieran dado gustosas un pedacito de oreja para merecer sus amores; mas debo añadir que al fátuo le importaban ellas poco más que el tabaco de su pipa. Si las insinuaciones de aquellas almas sentimentales no obtuvieron resultado alguno, Jarber me demostraba un afecto constante.

No solamente me había hecho proposiciones de casamiento antes de que mi amor se hubiese convertido en aficción, sino que además había renovado su de-

manda después de esta época, en diferentes períodos y á intervalos harto repetidos. Pero señor, no importa que sus ofrecimientos hubiesen sido más ó menos numerosos. Diré tan solo, que la última vez que me hizo la graciosa oferta de su mano, fué con ocasión de presentarme, prendida en la punta de un alfiler, una pastilla estomacal. Yo me puse á reir á carcajada suelta, y se comprende perfectamente, porque cualquiera otra hubiera hecho lo mismo en idénticas circunstancias.

—Vamos, vamos, Jarber—dije yo—si usted no reflexiona que entre los dos sumáramos algo así como unos ciento cincuenta años, yo sí lo pienso. Soy de parecer que debo digerir su salida de tono como voy á digerir esta pastilla—y hablando así, me engullí el confite.—Ea, pues, queda convenido: no hablaremos jamás de semejante cosa.

A partir de aquel momento, Jarber se ha portado bien, pero el viejo pisaverde ha conservado siempre el mismo carácter y las mismas costumbres. Acompasado y ceremonioso, empaquetado en trajes correctísimos, ceñido por puntagudos chalecós, sustentado por un par de miserables piernas, y no perdiendo nunca su voz atiplada, compuesto y minucioso hasta la exageración; tal es el fiel

retrato del que jamás discrepó á pesar de sus muchos años.

Desde los tiempos más lejanos á que alcanza mi recuerdo, Jarber había sido siempre aficionado á transmitir galantemente pequeños recados entre sus varios íntimos y conocidos, y á alternar en mezquinos chismes de sociedad. En el instante en que mi antiguo adorador me honraba de nuevo con el nombre familiar de Sofonisba, vivía en una pequeña habitación amueblada á la antigua usanza y situada á algunos metros de mi casa.

Hacía ya unos dos ó tres años que no le veía, pero había llegado á mis oídos que, siguiendo su antigua costumbre, paseaba con frecuencia por Saint-James-Street, ganoso de ver á los personajes de la corte dirigiéndose á palacio. Para ello se servía de un ante-ojo de larga vista y se encaramaba á las pilastras ó subía por las escaleras de las casas próximas. Después, el pobre enamorado de épocas pasadas, con la espalda cubierta por una breve capa y protegidos los pies por unas galochas que le preservaban de la humedad, se deslizaba á las inmediaciones de Willis-Rooms para presenciar la entrada del baile de Almack. No hay que decir que, en su anhelo por disfrutar de este espectáculo, pillaba terribles resfriados y se

exponía á que le aplastara la turba de los lacayos y porta-antorchas. Lo cierto es que volvía á su casa quebrantado y magullado, y que su patrona, que era una excelente mujer, se veía obligada á cuidarle un mes entero, pues no se ponía en menor espacio.

Jarber acabó por sentarse en una silla, celante de mí, después de haberse quitado su esclavina de pieles; sus manos no conservaron más que el sombrero y la bengala.

—¡Ea! basta de *Sofonisbas*, por favor, Jarber, le dije; llámeme usted Sara. ¿Cómo se encuentra? Me alegraría que gozara de buena salud.

—Ah, señora; no la gozo ahora muy buena. Gracias por su amable interés; y usted, ¿cómo se encuentra?—dijo Jarber.

—Tan bien como puede encontrarse una pobre vieja agobiada por los años.

A los labios de Jarber asomaba ya una galantería:

—Oh! no diga usted eso, Sofon...

... Mas yo aparté los ojos hacia el candelero, y él cerró los labios como si hubiese concluido lo que quería decir.

—Pero, si soy una inválida,—proseguí,—y usted también. Debemos dar gracias á Dios porque podemos aun soportar nuestros achaques,

—Me parece que está usted preocupada—añadió Jarber.

—Es cierto, lo adivina usted.

—Y ¿á qué se debe la preocupación de mi Sofon... de mi buena amiga?—preguntó.

—A algo muy difícil de comprender, porque... en fin, se trata de la «casa por alquilar», de la casa de enfrente, la que está al otro lado de la calle.

Jarber se levantó y fué de puntillas hacia la ventana; apartó la cortina y después de examinar detenidamente la casa de que le hablé, se volvió hacia mí con aire escrutador.

—Sí;—añadí—he aquí lo que me preocupa.

Jarber dirigió una segunda mirada á la casa referida, volvió á su sitio, también de puntillas, y me preguntó afectuosamente:

—¿Cómo puede esta casa preocuparos de tal manera, S...ara?

—¡Oh! es un misterio, contesté. Claro que á mi toda casa desconocida me parece más ó menos misteriosa: pero, gracias á cierto acontecimiento que... no vale la pena de narrar—añadí, decidida á no hablar del ojo secreto, porque me avergonzaba mencionar aquella loca aparición,—esta casa me ha parecido más misteriosa que otra ninguna, y mi imaginación galopa de tal manera por

los espacios imaginarios que desde ayer me mata la inquietud. Recelo que no podré aliviarme hasta el lunes próximo, cuando Trottle esté ya de vuelta.

Olvidé consignar antes que entre Trottle y Jarber existía alguna rivalidad que aumentaba con el tiempo; jamás les había unido la más mínima simpatía ni había mediado entre ellos una palabra de cortesía.

—¡Trottle!—exclamó Jarber en tono petulante, dibujando en el aire molinetes con la bengala que no había abandonado desde que entró en la habitación. ¿Es posible que Trottle pueda disponer de algún remedio para las inquietudes de mi S...ara?

—¡Oh! sencillamente, bastará que me procure informes de esta «casa por alquilar». He llegado á un grado de excitación tan inaudito que me es indispensable de todo punto que por cualquier medio bueno ó malo, lícito ó ilícito, pueda saber porqué esta casa no está habitada.

—Pero, amiga mía, ¿por qué se dirige usted á Trottle? ¿Por qué—añadió mi adorador, estrechando su sombrero contra el corazón—no ha de contar usted las pesquisas á su antiguo amigo Jarber?

—Si he de hablarle con franqueza, no se me había ocurrido dirigirme á us-

ted, Jarber; pero, puesto que me ofrece sus servicios y quiere tomar cartas en este asunto... le diré, querido amigo, que aun cuando agradezco infinito su buena intención, no le creo á usted capaz de salir airoso de su cometido.

—¡S...ara!

—Sí; opino que se trata de algo superior á sus fuerzas.

—¡S...ara!

—Porque será preciso ir de acá para allá, hacer y acontecer, Jarber; y correría usted el peligro de pillar algún pícaro resfriado.

—¡S...ara! ¡S...ara! Todo lo que á Trottle se encargue, puede asimismo encargárseme. Yo conozco á todo el mundo en este barrio; á toda la gente respetable, se entiende. Tengo amigos íntimos en la biblioteca del barrio; charlo con el receptor de contribuciones; habito en la misma casa que el inspector de aguas y me relaciono con el médico. Paso las tardes en House Agent's; como á menudo con los encargados de la fábrica de la parroquia y me paseo con los watchmen de nuestra circunscripción ¡Qué tal! ¿Aun prefiere á mi solicitud la de Trottle, un criado, un lacayo, un paria de la sociedad?

—No se excite usted, señor Jarber. Trottle es mi brazo derecho; es hombre para andar á gatas como se lo exigie-

se el más leve capricho de su señora; pero sea como fuere, si usted llega á descubrir algún indicio que me permita descorrer el velo misterioso de la historia de la «casa por alquilar», le quedaré tan agradecida como al primer Trottle del mundo.

Levantóse Jarber tras estas palabras y se volvió á poner sobre los hombros la esclavina de pieles, enlazando por medio de una cadenilla las dos cabezas de león, de cobre dorado, que servían de broche, leones que habría podido realmente sustituir por dos cabezas de liebre.

—¡S...ara!—dijo—me voy. Volveré el lunes á las seis de la tarde, si me promete una taza de té... pero no té verde, de ningún modo... Adiós.

Estábamos entonces á jueves, 2 de diciembre.

Apenas Jarber hubo cerrado la puerta pensé que Trottle estaría de vuelta el lunes y experimenté cierta inquietud al imaginar las dificultades que debería vencer si quería evitar una lucha épica entre los dos entes. Declararé, de paso, que hube de apurarme al imaginar tal conflicto. Pero al día siguiente por la mañana, la vista de la «casa por alquilar» me distrajo, y borró aquel pensamiento y otros muchos; el

viernes y el sábado estuve otra vez angustiada, siempre por idéntico motivo.

Todo el domingo no cesó de llover, y, lo que es más, sopló un viento desenfrenado. Después de comer, cuando las campanas de las iglesias llamaban á los fieles á la oración, me pareció que sus voces se confundían con el silbar de las ráfagas y esparcían una horrible melancolía por toda la calle y en especial sobre la «casa por alquilar» que me pareció más lóbrega y sombría que de ordinario.

Leía yo mi libro de oraciones, á la trémula luz de mi bujía: el hogar de la chimenea lanzaba mil reflejos sobre los bruñidos cristales de las ventanas, cuando de pronto, al levantar los ojos para implorar mentalmente de la divina misericordia favor para las viudas, los infelices huérfanos y todos los que en aquella hora sufrían y lloraban, distinguí el ojo secreto.

No me engañaba; *el ojo* no hizo más que aparecer y desaparecer, pero esta vez quedé íntimamente persuadida de haberlo visto perfectamente.

Claro está que pasé una noche terrible, noche de insomnio y de pesadillas.

Apenas acababa de cerrar los ojos, veía al instante *el ojo* delante de mí, ó

mejor dicho, aquellos ojos, porque se multiplicaban indefinidamente.

El lunes por la mañana, á una hora desusada, imposible—gracias al maldito tren—Trottle llegó á casa. Cuando me hubo comunicado todos los datos que le había pedido sobre Tunbridge Well, le hablé de la «casa por alquilar». Escuchó, naturalmente, con la mayor atención y el más vivo interés cuanto le dije respecto al asunto; pero apenas hube nombrado á Jabez-Jarber, cambió su actitud, tomó un extraño aire de gravedad y pareció muy preocupado.

—Así, pues, Trottle—añadí sin dejar traslucir que había notado su cambio de actitud—cuando Mr. Jarber venga esta tarde, celebraremos consejo los tres.

—¡Oh! me permito creer, señora, que va á ser inútil mi presencia—replicó mi criado.—Mr. Jarber tiene una cabeza bastante más despierta que la mía.

Estaba resuelta á no hacer caso de estas palabras significativas é intencionadas. Así pues, repetí que los tres habíamos de celebrar una reunión aquella tarde.

—Estoy á sus órdenes, señora, cualesquiera que sean; pero declaro una verdad innegable: esto es, que M. Jarber no tiene rival en el mundo para dar un buen consejo y que nadie le sabría dis-

putar la victoria en este punto y en otros muchos.

Crispábame los nervios la manera de hablar, y sobre todo la manera de obrar de mi antiguo criado durante todo el día. Lo mismo al entrar en la sala donde yo estaba, como al salir para cumplir mis órdenes, colmaba mi exasperación porque en sus idas y venidas fingía no darse cuenta de la «casa por alquilar». Pero como estaba resuelta á prescindir de su pique de niño mimado, no dejé que adivinara Trottle que notaba perfectamente su proceder.

Por la tarde, cuando mi fiel criado introdujo á Jarber en la sala, éste se resistió á que le quitasen la esclavina de pieles y la bengala que volaba haciendo molinetes por encima de los muebles y las porcelanas japonesas y amenazaba á sus mismos ojos, mientras hacía esfuerzos para desatar la cadena de los dos leones, empresa que le fué imposible llevar á cabo á pesar de innumerables tentativas. Se apoderó de mí tal cólera viendo todo esto, que hubiera azotado de buena gana á uno y á otro, á Trottle y á Jarber.

Pero reprimí oportunamente todo gesto de impaciencia y me contenté con llenar la tetera de *souchong* y preparar la infusión favorita de mi antiguo galanteador.

Jarber sacó de su capa un rollo de papeles, y con un gesto igual al del espectro del padre de Hamlet apareciéndose al difunto Mr. Kemble¹ señaló con el rollo de papeles la casa de enfrente y lo dejó encima de la mesa.

—¿Ha hecho usted algún descubrimiento?—le pregunté tocando el rollo, apenas se hubo sentado y saboreado el primer sorbo de té.—Quédese usted, Trottle.

—¡Sí! es el primer descubrimiento de todos los que tenemos derecho á aguardar—contestó Jarber—es la historia de uno de los inquilinos de la casa vecina; pude obtenerlo interrogando al inspector de aguas y al médico.

—No se mueva usted, Trottle—repetí en voz alta, viendo que mi criado se dirigía hacia la puerta disimuladamente.

—Perdone usted, señora, pero temo molestar á Mr. Jarber.

Jarber pareció compartir esta opinión. Me ví obligada á contenerme; limitéme á toser fuertemente, porque estaba resuelta á no prestar la menor atención á las singularidades de mi criado.

—¿Quiere usted sentarse, Trottle?—le dije—Deseo que escuche usted lo que Mr. Jarber va á leerme.

Trottle se inclinó con cierto empaque

1) Actor inglés.

y fué á sentarse á la silla más apartada de la habitación. Con todo, cuidó de ponerse al abrigo de una corriente de aire que pasaba por el agujero de la cerradura.

—En primer lugar—dijo Jarber después de haber gustado un sorbo de té—no le parecería á usted, Sofon...

—¡Otra vez!—exclamó.

—¿No le parecería muy raro, no le sorprendería infinito enterarse de que la «casa por alquilar» ha pertenecido á un pariente de usted?

—Cierto, sería una gran sorpresa.

—Pues así es efectivamente. Esta casa, propiedad de un primo de usted, —que, por cierto, dicho sea de paso, está hoy enfermo, según me han asegurado—esta casa es de Jorge Forley.

—¡Ah! pésima noticia para empezar. Sí, es verdad; Jorge Forley es mi primo en primer grado, pero no nos tratamos. Jorge Forley ha sido un padre desnaturalizado, cruel, implacable para su desdichada hija que hoy ya no mora en la tierra. Jorge Forley ha obrado con una rigidez despótica respecto á una de sus dos hijas, que se había casado contra la voluntad de su padre. Jorge se ha dejado llevar á increíbles extremos en su cólera; agobió terriblemente con el peso de su rencor á la pobre criatura, con el exclusivo objeto

de favorecer pecuniariamente á la otra hija, quien tuvo excelente dote y se casó en condiciones inmejorables. Me atrevo á creer que Dios no medirá su justicia para mi primo de una manera tan injusta como éste la ha medido para sus hijos. Que así sea le deseo á mi pariente Jorge Forley.

Pronuncié estas palabras con firmeza, sin intentar contener las lágrimas que me acudían á los ojos; pues la historia de aquella pobre muchacha era realmente muy lamentable, y su malhadada suerte me había conmovido á menudo.

—Puesto que esta casa es propiedad de Jorge Forley—continué—comprendo perfectamente que sea maldita, ó por lo menos marcada por el dedo de la fatalidad. ¿Tratan de Jorge Forley los papeles que me ha traído usted?—pregunté á Jarber.

—No, de ningún modo.

—Lo prefiero. A ver, léame usted todo eso. Trottle, ¿por qué no se acerca usted? ¿Por qué se ha retirado usted á las regiones árticas de mi habitación? Acérquese usted.

—Muchas gracias, señora; ya me encuentro bastante cerca de Mr. Jarber.

Jarber dispuso su silla de un modo que le obligaba á dar completamente la espalda á mi leal servidor, más terco que

un mulo; luego empezó la lectura lanzando sus palabras poquito á poco y por encima de sus hombros, como para hacerlas llegar á Trottle.

He aquí lo que nos leyó mi antiguo galanteador.



CAPÍTULO II

LA BODA DE MANCHESTER



ISTER y mistress Openshaw llegaron un día de Manchester á Londres y se instalaron en la «casa por alquilar».

El nuevo propietario era lo que se llama, en el Lancashire, el «colocador» de los productos de una rica compañía manufacturera, cuyos directores querían extender sus relaciones comerciales y abrir en Londres un almacén de mercancías. Mr. Openshaw estaba comisionado para vigilar la marcha de esta nueva operación, y su cambio de residencia le plugo sobremanera. En primer lugar, deseaba muchísimo conocer Londres, donde no había estado sino de paso; y además deseaba averi-